

## LAS HUMANIDADES EN LA UNIVERSIDAD

Por: EDUARDO SANTA

Uno de los aspectos más debatidos en los medios universitarios del mundo contemporáneo es, sin duda alguna, el relacionado con el papel de las humanidades en la Universidad. Muchos son los que consideran las humanidades como una serie de disciplinas intelectuales sin ningún sentido ni utilidad en la enseñanza a nivel superior; otros las reducen a clases cuyo objetivo está en suministrar al estudiante cierta "cultura general", y no son pocos los que proclaman a cuatro vientos su completa desuetud, algo que debe ser eliminado del plan de estudios de la enseñanza universitaria. Ciertamente parece que hubiera una especie de conjura tácticamente planeada para desacreditar las humanidades y relegarlas al depósito de las cosas inútiles dentro de una civilización donde, a juicio de muchos, sólo las ciencias físicas y naturales y los avances de la tecnología son los únicos valores dignos de consideración.

Indudablemente estas posiciones radicales, tendientes a menospreciar la importancia y la utilidad de las humanidades en la enseñanza universitaria, constituyen un peligro de insospechada trascendencia porque en el fondo esconden una finalidad política que no podemos pasar por alto. Se trata simplemente de convertir la Universidad en una especie de politécnico, en casa de enseñanza tecnológica donde se haga del profesional un mero producto de bienes y servicios, completamente deshumanizado, como si se tratara de un eficaz y obediente robot adiestrado para servir sumisamente los patrones establecidos, sin capacidad crítica y, por consiguiente, sin que pueda asumir jamás las responsabilidades para consigo mismo y para con la sociedad en la cual vive. Deshumanizar la Universidad, producir profesionales sin conciencia, parece ser la consigna de los "nuevos bárbaros" del mundo tecnológico. Para ello han llegado inclusive a enfrentar las humanidades con la ciencia y la tecnología en forma habilidosa y calculada, colocándolas en extremos antagónicos y excluyentes cuando, en realidad, la ciencia, la tecnología y las humanidades se complementan mutuamente formando el trípode sobre el cual debe asentarse toda civilización que tenga al hombre como valor fundamental, como fin de todo conocimiento.

Quizás todos estos planteamientos tendientes a obtener el menosprecio por las humanidades han prosperado en gran parte por la falta de precisión sobre el objetivo de estas, sobre su función en el com-

plejo de la cultura, y quizás también por carencia de una metodología adecuada a la enseñanza de las mismas. Porque indudablemente una de las razones para que ese menosprecio haya hecho carrera en la Universidad ha sido el que tanto estudiantes como profesores las hayan tomado en ocasiones como "costuras" o como "clases de relleno", según la gráfica expresión ampliamente difundida en los medios estudiantiles. Por ello mismo es necesario reflexionar un poco tanto sobre los objetivos como sobre la metodología de la enseñanza de las humanidades en la Universidad. Esa reflexión nos dará las únicas herramientas para defenderlas de la avalancha de críticas e improperios que hoy lanzan contra ella desde campos divergentes.

¿Realmente son las humanidades ese conjunto de asignaturas que nos permiten ampliar el radio de nuestra cultura, ese algo brillante que llevamos como vistoso aderezo a las reuniones de la gente intelectual, que nos permite participar en sus charlas sofisticadas y hablar de Polibio y de Sócrates, de las Guerras Púnicas, del Renacimiento o de la Belle Epoque. Nada más inexacto ni nada más peligroso. Las humanidades no pueden ser simplemente un paquete de conocimientos ordenados cronológicamente, colocados como una vistosa baraja de naipes sobre algún esquema de la cultura, como una colección de informaciones que podemos sacar con lujo de detalles en un momento dado. De nada nos servirá aprender el nombre de las amantes de Napoleón, ni la fecha de su destierro a Santa Elena, ni el número de combatientes en Waterloo, si no sabemos articular la existencia del héroe como fenómeno social y político en la historia de Europa, sus causas, sus correlaciones y sus consecuencias. De nada nos servirá conocer la vida y el pensamiento de Platón y de Aristóteles si no sabemos darles una vigencia en la hora actual, en esta hora en que ellos justamente están presentes en todo planteamiento político. Porque, en realidad, la importancia de la historia es su vigencia en el presente. Las cosas que sucedieron ayer no pueden ser otra cosa que las raíces del actual acontecer. Pero esto que es tan simple y tan viejo como la historia misma, es necesario entenderlo, buscarlo, saberlo desentrañar, poderlo descifrar y sacarlo al mundo del conocimiento científico en forma muy clara y, además, encontrarle una utilidad para la interpretación del mundo contemporáneo.

Las humanidades deben ser conocimientos vivos, referidos siempre a la actualidad, capaces de darnos elementos para el análisis, para la crítica, para la interpretación del mundo que nos circunda, y sobre todo que nos den los elementos de juicio necesarios para poder tomar posiciones, hacer decisiones y asumir responsabilidades dentro de un mundo tan complejo, en que gravitan valores morales, políticos, estéticos, históricos, económicos y culturales. Valores estos que condicionan nuestra vida y exigen compromisos de nuestra parte.

El aprendizaje de las ciencias y de la tecnología no nos permitirá fijar esas posiciones, ni asumir esas responsabilidades, ni tomar esas decisiones. La ciencia y la tecnología nos capacitarán para buscar y

aplicar los conocimientos, pero será menester preguntarnos para qué los busquemos y, más aún, para qué los aplicamos. Podríamos respondernos al instante: para ponerlos al servicio del hombre. Esta respuesta es, justamente, el principio de las humanidades. Apenas un punto de partida. Pero... ¿qué es el hombre? He aquí el camino a seguir. Empezaremos su búsqueda científica a través de la antropología, la psicología, la sociología, la historia, la filosofía, la ciencia política y las demás disciplinas que tienen como fin el conocimiento del hombre, principio y fin de todos los valores, eje de toda cultura, para quien se investiga y para quien se aplica el conocimiento.

Por todo lo anterior, habrá que insistir en que las humanidades constituyen una herramienta más para el profesional, a fin de que éste pueda ubicarse históricamente en el mundo contemporáneo y con un sentido crítico y analítico pueda cumplir cabalmente su misión y su destino. De que todas las carreras técnicas y científicas deben tener una base humanística para que ellas estén, justamente, al servicio del hombre y de la comunidad.

Para cumplir estos objetivos, la enseñanza de las humanidades en la Universidad debe hacerse mediante un plan cuidadosamente elaborado, a fin de que estas se proyecten en cada una de las profesiones en particular y estén, a la vez, íntimamente articuladas al plan de estudios de la carrera respectiva. Además, conviene también agregar a esto que también es necesario un cambio de metodología de la enseñanza. Quizás hemos abusado un poco del método expositivo y memorístico, que tiene como soporte la llamada cátedra magistral, el texto único y las conferencias mimeografiadas del profesor, como único elemento de estudio. Por eso conviene ir hacia un dinamismo pedagógico que le permita al estudiante participar activamente en la clase y fuera de ella, ya que el aprendizaje es una disciplina continuada a través de la consulta permanente de muy variado, rico y actual material bibliográfico; de discusiones de dicho material para someterlo al análisis y a la crítica de grupo; de elaboración de monografías que permitan la comprensión, la síntesis y el comentario personal; de las mesas redondas, los debates dirigidos, los proyectos de equipos polivalentes con participación de alumnos de diversas unidades docentes, etc. Para ello los profesores deben distribuir oportunamente a su alumnos completas bibliografías actualizadas sobre cada uno de los temas tratados o que vayan a tratarse en las clases próximas, a fin de que los alumnos puedan conocer diversos puntos de vista sobre los mismos, y para que por lo consiguiente sus intervenciones tengan fundamento científico, después de los análisis y las críticas subjetivas a las que han sometido esas lecturas, y no simplemente producto de la improvisación, de las intuiciones momentáneas, que ordinariamente conducen a ese tipo de charlatanería y especulación inconsistente, tan comunes en nuestros medios docentes y académicos.

Pero, primero que todo, consideramos que a los estudiantes, hay que motivarlos previamente para hacerles ver en forma muy clara y

convinciente que las humanidades no sólo son importantes dentro del contexto general de la cultura, sino necesarias para el ejercicio de las profesiones. Que la sociología, la historia, la psicología, la ciencia política, la filosofía, por ejemplo, son útiles en la medida en que permiten al hombre, y en este caso al profesional, entender mejor el mundo social dentro del cual le toca desenvolverse, cumplir más eficientemente su misión como individuo y como miembro de la comunidad. La base o el fundamento de lo humanístico le permitirá conducirse no simplemente como una autómatas, como un mero elemento de producción económica, conformándose con llevar una existencia esencialmente vegetativa, sin sentido alguno dentro de un mundo complejo, conformado por tantos valores que lo están condicionando, limitando o ampliando sus horizontes y que, además, le están comprometiendo día a día. Ser conscientes de esos condicionamientos, limitaciones, perspectivas y compromisos, hacen del hombre un ser verdaderamente responsable y digno de vivir una existencia como hombre y no simplemente de permanecer como tuerca inconsciente de un mecanismo complejo en permanente estado de cambio. Sujeto activo capaz de contribuir al rumbo de la dinámica social y no simplemente elemento pasivo destinado a sufrir el cambio sin entender nunca el porqué ni el cómo, y menos el para qué del mismo. El hombre, cualquiera que sea su posición en el mundo y el nivel de sus responsabilidades, no puede conformarse con ser un autómatas productor de bienes y servicios, a manera de un mecanismo cronometrado, hecho para que cumpla sumisamente una tarea que se le ha señalado de antemano dentro de un plan general de desarrollo económico.